

—Has traído una maleta muy grande... ¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—Lo que haga falta.

—¿Crees que hará falta mucho? Tu maleta es tan grande...

—Eso no quiere decir nada. Siempre voy demasiado cargado, vaya donde vaya. No te preocupes, más bien dime qué pasa exactamente. ¿Es tan grave que quieres que me quede aquí, contigo, para ayudarte?

—Sí... Bueno, es por él...

—Es mejor que ahora lo dejes tranquilo. No te preocupes. Hay que dejarlo.

—Pero me preocupa, Raphaël.

—Cuéntame.

—Hace quince días que no se mueve, sentado, serio, con la cabeza hundida en la grisalla opaca y ligeramente rosada de su plumaje de cacatúa. Antes hablaba, bajaba a cenar, sin sonreír, claro, pero bajaba. Comía sin ruido, masticaba lentamente, recogía la mesa sin decir una palabra, se volvía a su habitación. Y en cuanto llegaba a la habitación, cerraba los ojos y se hundía. Abajo era normal, un poco

triste, claro, pero normal, como lo son las personas grises. Ahora es diferente. Sus codos están desollados, sus mejillas hundidas, cierra constantemente los ojos, con los párpados vencidos bajo una bruma plomiza. A veces, con el sonido de mi voz, se animan, aletean para abrirse, enfermizos... Siempre está pensando. Me dirás que como todo el mundo, pero no, sus pensamientos son más agudos, más puntiagudos que los nuestros, le duelen, es lo que dice. Habrá que creerlo, ya que a veces grita de dolor, se retuerce. Ya no duerme. Es imposible de comprobar, pero dice que no ha pegado ojo desde hace tres días... o, más bien, que no ha dormido desde hace tres días, porque los ojos los tiene siempre cerrados. Habrá que creerlo porque bajo sus párpados cerrados hay extensas pinceladas violetas.

—¿En qué piensa?

—¡Dios mío, en muchas cosas! Sus pensamientos siempre han sido muy duros, muy densos, como obuses, pero sabía controlarlos. Es decir, siempre había sabido abrazarlos, sopesarlos, hacerse cargo de ellos, aunque fueran pesados.

—¿Y ahora?

—Ahora... ya no es capaz.

—Habrán cambiado de naturaleza; sin duda ahora son más mortíferos.

—Él también se ha debilitado.

—Y además quizá son más numerosos.

—Quizá. Y ahora es un hombre gastado.

—¿Y se pasa todo el día en la habitación?

—No. Se quedó los tres primeros días, pero lo obligué a bajar. Creía que así lo manejaría mejor, porque ya no comía nada, no decía nada, ¿sabes?, así que pensé que una

vez abajo, en el comedor, con el olor de la comida y nuestras conversaciones retornaría poco a poco entre nosotros.

—¿Y no pasó nada?

—No, empeoró incluso. Sus pensamientos parecían todavía más explosivos, con nosotros, al aire libre. Parecían agitarse, reventaban aquí y allá.

—¿No pensaste en llevarlo de nuevo a la habitación? Allí el entorno será mejor, más tierno, más dulce.

—Sí... Pero no duerme solo en esa habitación y su presencia se hacía malsana. Era contagioso: yo también me ponía a pensar. Frente a él, contra él, pensaba tanto que dejaba de hablar y éramos dos, los dos dando vueltas, chocando contra las paredes de nuestros cerebros, atrapados hasta el punto de no poder superar el límite de nuestros ojos. Era peligroso. Es imposible dormir con él al lado, está febril, quema, te arrastra a su profundidad..., una profundidad casi taimada.

—Así que lo trasladaste...

—Al sótano. Allí estaba mejor. Antes intenté llevarlo a la galería. Pensaba que con el calor del sol en los cristales, el canto de los pájaros, la vista, el ruido, la atmósfera de la naturaleza a su alrededor, volvería suavemente, apaciguado, sin temor.

—Y no le gustaron el sol, la luz, el calor, los grititos, ¿no?

—Sí, exactamente, es decir, seguía sin hablar, pero veía claramente en sus gestos que no estaba a gusto, que algo le picaba. Así que, como decía, lo llevé al sótano. No te ocultó que la idea pareció en un primer momento... incongruente.

—¿Inhumana?

—Bueno, ya sabes, no... Él ya no era humano, así que parecía adecuado. En cualquier caso, el resultado fue notable: se calló y dejó de moverse.

—¿Y antes no estaba callado?

—Sí, claro, pero sus gestos hablaban por él: temblaba, se retorció, se mordía los carrillos. A veces gemía, emitía gritos agudos que me taladraban. Mientras que abajo, los primeros días, estaba tranquilo. Iba a verlo y no decía nada, no se movía, seguía con los ojos cerrados. Yo sentía cómo se movían debajo de sus párpados, a la derecha, a la izquierda, los veía rodar como dos globos, pero, aparte de eso, se quedaba en la silla, sentado, con las manos unidas tras el respaldo, la nuca vencida, la cabeza gacha, la respiración regular.

—¿Lo tocabas?

—¡Al principio no! Solo lo miraba. Pero él percibía mi mirada posada sobre él con fuerza, con tanta fuerza como una caricia, como un arañazo. Pero no reaccionaba. Por eso lo toqué, más tarde, después. ¡Muy suavemente! ¡Nada agresivo! Le puse la mano así, sobre la mejilla, cerca de la oreja, con las yemas de los dedos en los pelillos de sus sienes, que acaricié un poco, no mucho tiempo.

—¿Gritó?

—¡Oh, no! Todo lo contrario. Permaneció silencioso, muy silencioso. Estábamos serios... Llenos de gravedad. Nadie grita con las cosas serias. Era denso, la frescura del sótano y, de repente, al tocarlo así yo también me volví gris. Entre nosotros había una zona magnética que nos aplastaba, nos envolvía, con el olor acre, el sabor terrible de óxido férrico. Su piel, tocarla así, no lo había hecho desde

hacía tanto tiempo, su piel tan fina sobre su rostro huesudo, rugosa bajo mi palma, por la barba, era sublime. Tuve miedo. Y él también, lo notaba. Pero nunca hubiera podido gritar. Tras unos segundos muy largos, se estremeció de repente. Entonces hablé, poco, nada, sin fuerza: murmuré su nombre. Era para que se tranquilizara.

—Y él...

—Se ahogó: una respiración agitada, torturada.

—¿Y te fuiste?

—Me marché.

—¿Y dices que hace quince días?

—Hace quince días.

—¿Así que nada desde tu mano?

—Nada desde su jadeo.

—Salvo algunos gritos, a veces, dices...

—Sí, gritos de dolor a veces, como siempre, nada nuevo.

—Y antes, antes de esos quince días, cuando todavía hablaba, ¿qué decía? ¿A ti te hablaba? ¿No te contó nada?

—¿Cómo se puede explicar esta situación? Tú lo conoces bien, ya sabes, siempre ha sido tan taciturno.

—Sí, pero ahora ha pasado algo. Nunca se había refugiado en este mutismo. ¿No te dijo nada?

—¡Oh, es terrible! Pero no, no sé nada, como de costumbre, es tan reservado... He visto tan pocas veces ese relámpago interior, un fragmento que espejea al descubierto durante un segundo, en vivo. Tan pocas veces... Siempre estaba ese velo rodeándolo, varias capas de velo, incluso. Desde que lo conozco, se envolvió en él. No es una enfermedad, ni una manía, esta envoltura es él. Sin embargo,

el silencio, el ayuno, todo esto es diferente, se ve que no está en su naturaleza, que es algo serio, que ocurre algo... Emanada de él una densidad de hierro, energía negativa. Es como si el envoltorio se hubiera agriado, como si la dulzura misteriosa se hubiera encogido, le hubiera ahogado, se hubiera podrido... Es curioso que las cosas acaben así, Raphaël, bueno, digo «acaben» y me estoy anticipando un poco. Es curioso porque todo empezó así, conmigo fascinada descubriendo a un hombre velado; y así fue todo, todo el tiempo, conmigo fascinada levantando las capas de velo una a una, sin encontrar ningún rostro debajo; y ahora estoy sola frente a este hombre maniatado y frente a este velo que se ha convertido en una mortaja que se aferra al cuerpo de este hombre y no quiere dejarme ver nada, nada de nada.

—Juliet...

—Ya no sé qué hacer... Desde que lo conocí... Porque en el momento en que lo conocí, este velo me atrapó... Lo veía bailar y los velos se agitaban y refulgían.

—¿Bailaba? ¿Cuándo? ¿Dónde fue el encuentro?

—En casa de...

—Ah, sí, ya me acuerdo, me lo contó.

—Ah, ¿sí?

—Sí, claro.

—¿Cómo, exactamente?

—Oh, ya no me acuerdo de las palabras precisas que usó...

—Haz memoria. ¿Qué dijo? ¿Con qué tono?

—Fue en una fiesta en la que estabais los dos y os marchasteis juntos sin que...

—Espera, vas muy deprisa. Seguro que no lo dijo tan apresuradamente. ¿Dijo cómo era el lugar?

—Sí, ahora me acuerdo, por supuesto, lo dijo. Era en un jardín, el aire estaba húmedo, amenazaba tormenta. Ahora me acuerdo muy bien. Tú no estabas preparada para nada, ibas inocentemente, casi indolente, eso es lo que decía, me acuerdo, hablaba de ti, para ti, por ti, y nada de él.

—Dime, dime. Aunque sea sin su voz, al menos quiero sus palabras.

—No puedo, Juliet, vamos...

—¡Inténtalo!

—Puedo reformularlo, pero...

—Pues no digas nada... La primera vez fue en el cincuenta cumpleaños del señor X; sí, había organizado una fiesta. Ya no me acuerdo del señor X, por eso digo X, se me ha olvidado su nombre. Sin embargo, me conocía bien, ya que me había invitado personalmente, aunque solo tenía diecisiete años. La invitación estaba a mi nombre, un tarjetón con letras rosas, en cursiva. No me sentía orgullosa, ni feliz, ni halagada, simplemente iba, sin temor; no había conocido todavía lo sublime, entiendes. No podía sentir nada en aquella época, así que iba como quien no sabe nada: llevando el mismo cuerpo a todas partes. Mis padres no dijeron nada, no estaban preocupados de saberme sola en aquella fiesta de cincuentones, sin duda, porque sabían que yo llevaba mi cuerpo de adolescente hermética, el mismo que llevaba a todas partes. Ellos no conocían al señor X, nunca lo habían visto. No me había vestido ni maquillado, no tenía conciencia, digo, de

esta piel, de esta carne, tangible, visible. Un taxi me esperaba abajo en la calle.

Era una noche de agosto, hacía un calor tormentoso, en aquel gran jardín sobre un río rojo cargado de lotos: no conocía a nadie, estaba tranquilamente acodada en la barra, con un vaso en la mano, o apoyada contra la pared, me contentaba con sonreír. No era por educación, era la sonrisa de mi cuerpo. Había conocido al señor X por casualidad, le había gustado, me había invitado. Un calor cargado de mosquitos caía de los árboles, como las gotas a lo largo de las palmas curvadas, en el aire lánguido del vino púrpura y la tinta espesa. En el techo, las palas del ventilador agitaban los efluvios de cigarro puro, olores dulzones y fuertes al mismo tiempo; una maceración infinita en la que pasamos el verano; los cristales de las ventanas de madera contra los que posamos las manos frías para formar un halo de calor. Había farolillos colgados por todas partes, en las ramas, fulgores de color entre las zonas de sombra, y la humedad subía del suelo con su olor de tierra mojada y de carbón. Estaba oscuro, y suave, cálido, los invitados recorrían el jardín zumbando como abejas, eran libres, cada uno en su embriaguez, trastabillaban, borrachos de amar y de estar borrachos y también de verano. En el salón de baile con paredes de bambú alguien tocaba el piano, era una cancioncilla que se paseaba por encima de la música digital y chillona; la gente bailaba viejos pasos de *rock* aprendidos de memoria; las mujeres giraban como peonzas para traer de vuelta, en el insistente torbellino, todo lo que pudiera quedar de sus jóvenes años; luego, se echaban hacia atrás y la



sangre ascendía a su cabeza aturdida como un elixir de juventud y de olvido. Los hombres estrechaban contra sí a estas sílfides de un día, fuertes por el deseo y por parecer fuertes. Luego, se detenían, reían por haber fingido durante el tiempo de una canción y se dirigían a la barra, a beber, un vaso tras otro, con un brazo vigoroso, el codo levantado, la sonrisa en los labios. Reíamos a carcajadas, sí, y también deambulábamos por el jardín, bajo el peso de las miradas mojadas, buscando la intimidad en la noche tibia, a la luz de un farol, tocándonos los brazos, el cabello; hombres de camisa despechugada, con rodiles, incomodaban a mujeres lascivas, ondulantes y vibrantes de imbecilidad; y más lejos, en un rincón menos confidencial del jardín, algunos se metían en el río en calzoncillos, gritaban, ruidosos, y volvían a salir, se vestían, reían. Las copas chocaban, algunos comían aceitunas verdes y hablaban con la boca llena.

Luego se puso a llover y llegó la tormenta, el chaparrón que removió el humus, los olores y el calor ascendieron desde el suelo pisoteado, las pieles se pusieron pegajosas y las mujeres se precipitaron a la sala, con la cabeza hundida entre los hombros, riendo a carcajadas, cobijadas bajo pañuelos de seda. En el interior, se secan el cabello, los hombres se quitan la camisa mojada, se ríen una vez más, bajo el peso de la felicidad, tenemos tiempo, los embriaga estar casi desnudos, se gustan, se pellizcan, dan chillidos. Juegan a las princesas orientales alrededor del bufé de avellanas y de buey asado con cilantro, se importunan, excitados por los rayos y truenos, se lanzan frutos secos unos a otros... Algunos temerarios vuelven fuera, se comen la

lluvia con las migas de avellana, mientras sigue la música, crece su retumbar.

La lluvia despierta las pieles y de repente la sala se apelmaza más y más, ahora se comprenden mejor, se dan palmaditas en el hombro y, acabada la tormenta, siguen acoplados y cómplices. Ya no queda nada de la dispersión inicial; ahora la fiesta ha encontrado un sentido y se dirige en línea recta hacia la unión achispada que debía ser, que ya estaba inscrita en el tarjetón con letras rosas. Amontonados unos contra otros caen en trance y son hermosos, están confusos, con las mejillas escarlata. Los miro. Algunas intentan atraparme, me hacen cosquillas, soy educada. Algunos me tiran del brazo, retrocedo, sonrío. Me hundo en un sillón mullido, observo. La música sigue sonando. Están demasiado húmedos como para ser elegantes, no están lo bastante borrachos como para ser sensuales... Fuera, la lluvia ha dejado de caer. Los farolillos y su juego de luces se recortan sobre el jardín mojado de sombras. De repente, una sombra se destaca y surge entre los árboles: una sombra danzarina, que revolotea, un demonio que se escurre entre los farolillos. La sigo con la mirada, intrigada, y veo salir detrás de las palmeras a un hombre: es él. Sí, fuera, lo veo a él. Estoy sentada en esta sala y lo veo fuera, donde algunas personas han salido a fumar, a hablar, a decir que ha dejado de llover; lo veo a él solo y él escucha la música, lo veo a él solo y él baila solo, como si hubiera caído de la luna, lo veo a él, es mi fiesta, el sentido de mi fiesta, por él he venido sin dudar, sin temor, sin gozo, he venido simplemente, casi automáticamente, por él, el término de la fiesta, el término de la noche, de la tormenta.

Me acuerdo de esta ligereza, él sobrevolando, tan bien, lo que le hacía parecer tan hermoso, girando y cantando, serio, atestado de felicidad, repentinamente serio por ser tan feliz. Volaban mis ojos a su rostro, me acuerdo de que se aferran deslumbrados a su ligereza y que devoran de deseo la belleza rígida de sus rasgos, la devoran como dos insectos ávidos de beberse la luz. Va girando entre las sombras, a veces tropieza con un rayo de luz; trastabilla, está solo, con el ceño fruncido, la mandíbula hacia fuera, sin preocuparse de lo que hay a su alrededor, da vueltas cantando con su voz grave una melodía que no escucho: su voz planea sobre todo lo demás. He caído de rodillas, tengo los brazos extendidos, la garganta, la nuca, mi cuerpo, toda yo que me ofrezco a él, derrumbada, tendida. Va girando a lo lejos bajo el halo de las antorchas, en los astros de luz, bajo las sombras del follaje. Detrás, el río mojado resplandece de agua; en su superficie arrugada, gotas de estrellas; la luna entre dos pliegues. Él está pleno, totalmente pleno en la ilusión de este mundo, sin conciencia de desfase alguno; sus palabras vienen del interior y allí se quedan, bajo la sombra de su voz, perfectamente coherentes, palabras de él, en él. Me quedo colgada de su rostro y de su voz, muero por poder disolverme en su sombra, en la de sus palabras, sumergirme en su interior y que me lleve, girando como una peonza, lejos, a donde él ya está...

No me ha visto, por supuesto, estaba bailando. Yo me acerqué a buscarlo: sin pensar, me levanté de la silla, me acerqué al jardín y plantada delante de él, inmóvil, erguida en mi vestido, sin atreverme a hacer nada, a romper nada, lo seguí mirando mientras se rendía suavemente al

peso de su propia embriaguez. Tropezaba una vez más, bailaba, se ponía serio con la belleza de la seriedad; y yo, fascinada, silenciosa, un poco tonta, sin moverme, me quedaba ahí, me bebía su vértigo al verlo, raptaba su fiebre, su entusiasmo, tomaba parte en el viaje, como una polizona. Luego, de repente, dando vueltas, sin intención, provocó el contacto de su brazo contra el mío: toqué su músculo lleno de vigor. Entonces, se detuvo y me miró fijamente a los ojos, sus ojos ambarinos por primera vez: ojos de gato salvaje, un zorro del desierto, este hombre. No dijo nada, simplemente, me perforó con los ojos, grave, y luego los bajó. Retrocedí, casi contrita, y me volví a la sala en la que seguían bailando, me senté, a mi alrededor, su *rock* estúpido, con brazos y piernas que formaban un revoltillo de movimientos imprecisos a mi alrededor. También se reían, comían, hablaban, bromeaban, me rodeaban con una bruma de ruido. Ya no me atrevía a mirar fuera, al jardín, donde estaba él, y tampoco quería mirar delante de mí, en la sala, cómo se meneaban los viejos. Uno me daba miedo, los otros me aburrían. Me quedé, pues, sentada, con los ojos mirando al vacío, entreviendo la agitación difusa de los juerguistas cincuentones y pensando en él, este hombre que hacía sonar los cascabeles, los tamboriles, los farolillos colgados a lo largo de sus desiertos, en su gran baile, poco convencional y risible, como lo era el de los viejos, pero fascinante y místico, capaz de hacer temblar los colgantes sobre su pecho, capaz de agitar los tesoros de pacotilla escondidos en su interior, de hacerlos zumbar, vibrar..., este demonio danzarín.

Debieron de pasar horas sin que nada ni nadie me sacara de mi ensueño y, cuando por fin emergí para contemplar la sala a mi alrededor, estaba casi vacía. Me enderecé un poco en el sillón y miré hacia fuera: había varios taxis aparcados a los que la gente se subía para marcharse. Entre ellos estaba mi hombre desierto, danzarín: estaba, precisamente, llamando a un coche. Ante la idea de que iba a subir y desaparecer, me levanté de un salto y me precipité fuera. Crucé el jardín mojado corriendo, sin evitar las ramas húmedas que daban latigazos contra mi vestido y muy pronto me encontré detrás de él mientras daba su dirección al chófer. Descubrió entonces mi presencia jadeante y se volvió, sus ojos ambarinos una vez más, ardientes, clavados en mí, y tan brillantes que parecían iluminar todo su rostro con un halo luminoso. No pude decir nada frente a esos ojos. Los míos solo suplicaban, pero no sé qué. Nos miramos durante un largo minuto, sin saber, y luego sonrió, intrigado y halagado. No me movía, no hablaba, solo estaban sus ojos y su sonrisa y yo no podía añadir nada más.

«Sube», dijo por fin, y se dio la vuelta para entrar en el coche. Quería ver esos ojos una vez más, así que subí y nos marchamos los dos, esa misma noche, en taxi, lejos, por los senderos tortuosos de los límites de la ciudad, donde nunca me había aventurado. Solo había dicho esa palabra, «sube», pero su sonrisa me daba tranquilidad y, sentado en el asiento trasero, me estrechaba entre sus brazos. Yo no pensaba nada entre sus brazos, me dejaba llevar. Hubiera podido llevarme a cualquier sitio, zarandeada en el coche que daba tumbos por las pistas de tierra. Iría a cualquier

sitio, no por amor, que de eso no sé nada, sino por magnetismo. Así que fui.

Todavía siento el movimiento del coche, el aire acondicionado, vuelvo a ver las manos del conductor girando el volante, sujetando la palanca de cambio y, colgado, el amuleto chino que bailaba al ritmo del trayecto. Me acuerdo: en las callejuelas estrechas que está recorriendo ahora, el coche reduce la velocidad, cada vez más, hasta detenerse por fin en la esquina de una calle impracticable. Él me dice que baje, mientras paga. Estamos en una calle mal iluminada, que gira sobre sí misma, entre dos filas de casas torcidas; pasa una rata; por encima de nosotros, la delgada franja de cielo negro, constreñida entre los tejados de las casas, oculta por un amasijo de cables eléctricos. Sin saber la hora, avanzamos lentamente hasta la puerta de un edificio. Allí, saca una llave del bolsillo. A nuestras espaldas, borrascas de aire eléctrico alborotan montones de basura. Abre y subimos por una escalera de hormigón alicatada y angustiada, apenas iluminada por los fragmentos de luz nocturna que pasan a través de los intersticios de las paredes. En el piso de arriba, sin decir una palabra, saca otra llave. En la penumbra y el silencio que nos rodean, percibo su destello y su ruido. Con ella abre la puerta del piso: una sola habitación en la que hay una sola cama de mimbre, sin colchón, un pequeño lavabo, una palangana en el suelo y una cocina de gas a la derecha. Me da un escalofrío al ver esa habitación en la que desemboca repentinamente el trayecto ciegamente recorrido hasta ahora, la aventura a la que me lancé cándidamente, él, a quien seguía sin saberlo y ahora estamos en una habitación, hemos

llegado a algún sitio. Y además hay una cama. Nunca he estado tumbada en una cama junto a un hombre y de repente percibo mi cuerpo y me lo imagino posado ahí, imagino el estremecimiento de la carne y la humedad de la piel, me pregunto... Ve que me he detenido, se vuelve hacia mí, me mira. Es una mirada de arena, larga y neutra; no pregunta, no incita, nada, una mirada opaca que, sin embargo, quema y echa el ancla en mí. Sonrío. «Ven»: corto redoble del grano de su voz grave, inflexión dorada. Cierra la puerta a nuestras espaldas y me invita con un gesto a la cama. Obedezco, torpemente, me tumbo sin saber demasiado. Parezco rígida; él, todo lo contrario, se toma tiempo, relajado, casi indolente, hurga en un cajón buscando un objeto o una prenda que no encuentra, se sienta en la cama, en la que yo estoy tumbada. Se quita la camiseta, el pantalón, murmura algo para sus adentros y se tumba. Y entonces me ve y su cara se ilumina. Sonríe como si hubiera olvidado mi presencia y la acabase de descubrir. Feliz de esta sorpresa, cierra los ojos y se duerme. Me esfuerzo por alcanzar el sueño yo también, pero no lo consigo. Intento volverme sobre el lado derecho, en posición fetal, para estar más cómoda, pero no lo consigo, el brazo derecho aplastado me duele y me molesta. De modo que me tumbo sobre el vientre, sin hacer ruido, y así me quedo unos minutos, pero esta posición también me cansa enseguida y pienso en colocarme de nuevo boca arriba, como estaba al principio, pero no me atrevo a moverme para no despertarlo. Entonces lo miro, él y su cara con los ojos cerrados, para ver qué aspecto tiene sin moverse, sin ese brillo ambarino, sin la sonrisa. Pero el efecto es el

mismo, incluso durante el sueño su rostro vive, acompañado por el aliento regular de su respiración, está radiante. No me atrevo a tocarlo, pero siento que, solo contra su cuerpo, solo dentro de su halo desierto y luminoso, podría dormirme. Si no, esta presencia es como trazo junto a mí, que me deja impotente. Me arriesgo a acercarme a él. Todavía dormido, suspira y levanta el brazo, como para darme permiso para acogerme a él. Me apresuro, me acurruco de golpe y tengo la impresión de haber entrado en su antro dorado, donde por fin me duermo. Nos estrechamos así, toda la noche, él como en cualquier sitio, yo como en su seno. Aquella noche soñé —tenía la cabeza dentro de él—, soñé con desiertos. Ya no lo dejé, naturalmente, después de aquello... Ya no es posible marcharse, entiendes, después de haber sentido el aroma de la arena y haber escuchado cómo se mueve.

Al despertar, la mañana siguiente, ya no estaba. Me levanté en una habitación desconocida, tan virgen que hubiera podido ser una habitación de reserva deshabitada. De repente, no quedaba nada de la noche de ayer. Atravesada por la luz viva del mediodía, la intimidad había desaparecido, la habitación estaba bañada por el sol, todo aparecía a la luz y se desparramaba bruscamente por el suelo, por las paredes, la realidad cruda de repente pegada a los objetos, las superficies, los planos cuadrados. La situación era casi ridícula. ¿Cómo había llegado allí? Me apresuré a marcharme, avergonzada, por haberlo seguido. Sin embargo, la víspera no me había parecido raro. Quizá a causa de la noche, de este aire cargado de tormenta, del pelo pegado a sus sienes por el vapor y de nuestra piel húmeda,



con perlas de sudor alojadas en el pequeño surco vertical encima de los labios. Ayer, seguirlo era evidente pero esta mañana me decía que quizá me había visto a la luz del día, con sus reflectores iluminando mi rostro, mi cuerpo dormido, y, de repente, impactado por lo absurdo de la situación, se marchó sin una mirada para esta imbécil dormida. Ayer, su invitación fue un error. No, ni siquiera, nunca hubo invitación: lo seguí y él no dijo que no. ¿Por qué me había dejado dormir ahí, precisamente bajo su brazo? Debía de esperar algo más de mí, seguro que esperaba otra cosa. Cómo pensar... ¿Qué había creído realmente? ¿Por qué lo había seguido? Ingenua... Pero no había hecho ningún gesto dirigido a mí, no me había tocado, no me había mirado, ¿cómo adivinar? ¿Cómo hubiera podido tomar la iniciativa si ni siquiera existía para mí misma? Si me hubiera mostrado este cuerpo, si lo hubiera hecho existir un poco, inmediatamente, lo habría sentido, lo habría comprendido, habría dicho que sí. Pero se calló. Y ahora la imbécil se vuelve a casa, baja sola la escalera, con la cabeza hundida y, a cada paso, a cada escalón, siente ese cuerpo que ayer todavía ignoraba. Se mira los dedos de los pies a través de las tiras de sus sandalias: son bonitos. Es raro que los dedos de los pies sean bonitos. En general, están torcidos, son gordos, con las uñas mal cortadas, clavadas en la carne, son demasiado redondos o demasiado cuadrados, han caminado demasiado, están usados. A veces tienen callos, cutículas, piel gruesa... Generalmente, parecen húmedos. Pero los suyos no, no puede dejar de mirarlos: son mates, finos, cuidados. Para ser besados sin asco. Hubiera podido decirle algo. ¡Y los tobillos

también! Tan finos, con su articulación tan perfecta y elegante. Hubiera podido decir algo de las piernas. Las piernas. Y el vientre, se lo contempla mientras baja, los senos también, que no se bambolean a medida que se suceden los escalones, que permanecen firmes y dignos. A decir verdad, no ha visto nada, lo sabe, no ha mirado nada. Es ella quien observa y se ve. Ayer tenía ese mismo cuerpo. Al llegar abajo, a la calle, a la luz del día, ya no siente humillación, sino ira. Hubiera debido tocarla, mirarla, y ella también hubiera debido verse a sí misma.

Se ha marchado el hombre desierto y ya solo tengo un deseo: que vuelva, que me mire, que me vea, que algo quede sellado. Voy tomando callejuelas al azar, sin recordar el camino de vuelta. ¿Acaso él ve con sus ojos ambarinos? ¿O bien se contenta con deslumbrar, con ser deslumbrado? Sigo caminando desconcertada por la situación y por el lugar en el que me encuentro. No suelo frecuentar este tipo de callejuelas, me están prohibidas porque son estrechas, tortuosas, con esquinas en ángulo agudo, porque su suelo de tierra está sembrado de basura mordisqueada por las ratas. Y estas calles son tan oscuras por la masa de cables eléctricos que tapa la luz. Sigo avanzando y me doy cuenta de que no me importan las precauciones, las enfermedades, el polvo insalubre que se me mete entre los dedos de los pies: estoy colérica, quiero encontrarme con él a la vuelta de cada esquina. Sin embargo, no veo a nadie hasta la gran avenida a la que voy a parar, salvo una anciana y dos niños con harapos agachados junto a un balde de agua. Paro un taxi, me subo y le doy la dirección de casa. A lo largo del camino me voy fijando en los nombres de

las calles. Cruzo la ciudad en diagonal antes de llegar a mi barrio de expatriados con sus grandes avenidas impolutas. Él, él perdido en ese laberinto de callejas polvorientas.

Nadie lo supo. Creyeron que había pasado la noche en casa del señor X, hablando, riendo, escuchando. Nadie supo que lo había seguido por aquellas callejas, sin hablar, sin reír, sin escuchar, sin ver, que lo había seguido ciegamente, hipnotizada. No entendieron que había vuelto con este repentino despertar en mi interior, aunque no había ocurrido nada, este despertar, provocado por la ausencia del contacto de él, de él... Sueño con él, sueño también conmigo. Paso días enteros intentando comprender lo que ha desencadenado; curiosa, sé que hay un abismo en el que me debo hundir, con él, en el que sólo por él podría sumergirme. Rememoro una y otra vez la escena de aquella noche y, a cada nueva proyección añado un cumplido que él me hubiera dicho, una expresión sutil y e inteligente de la que hubiera sido el autor, una respuesta, cuando en realidad se calló; me imagino preguntas, insinuaciones y, cuanto más pasa el tiempo, más pongo en escena este recuerdo hasta dejarlo irreconocible. Invento sus réplicas y las mías, suprimo los personajes presentes en la casa del señor X, añado otros, llego hasta a inventar los besos que me hubiera dado y, con la cabeza llena de todas estas versiones, me sorprendo encantada de no saber cuál era la verdadera.

Me paso días y días junto a la piscina, moviendo los dedos en el agua, lasciva, flácida, soñadora. Escucho el chapoteo. Hay algo debajo de mí, en el interior, en algún sitio,

algo terriblemente poderoso y que ignoro. Es esa cosa eléctrica que se estaba incubando y ahora está debajo de nosotros... Debo volver, es insoportable saber que está aquí, que camina, poseedor de mi secreto, del secreto de mi cuerpo, que camina y que no vive lejos. No, no se trata todavía del despertar, del auténtico, de momento solo despierta mi atención, y debajo, en un estrato más profundo, nos abriremos, caeremos y nos revolcaremos. Ahora, con la punta de los pies, hago círculos en el agua, cada vez menos grandes, que vibran y desaparecen. Está en algún lugar ahí, por debajo de los orbes que forma el agua removida... Me excita, me altera: estoy al borde del despertar, al borde del despertar.